

CAPÍTULO 5

EL CARÁCTER ÚNICO DE LA SOCIEDAD TOTALITARIA*

Carl J. FRIEDRICH

En este artículo se afirma que: *a)* la sociedad totalitaria del fascismo y la del comunismo son iguales en sus rasgos fundamentales, es decir, que tienen más similitudes entre sí que con otros sistemas sociales y de gobierno, y que *b)* la sociedad totalitaria es históricamente única y *sui generis*. Estas dos tesis están estrechamente unidas y tienen que ser investigadas juntas. Se debería desde un principio dejar en claro que estas condiciones no presuponen que nuestra comprensión de la sociedad totalitaria sea perfecta o incluso adecuada; estas tesis descansan sobre lo que de ellas sabemos en la actualidad con bastante seguridad. Por tanto, no presuponen que las sociedades totalitarias sean unidades firmes y estáticas: por el contrario, se acepta que han experimentado y seguirán experimentando una constante evolución, que quizá encierre tanto crecimiento como decadencia.

Con respecto a la cuestión del carácter único, la literatura difiere mucho, como también acerca de la pregunta sobre la similitud fundamental del totalitarismo fascista y comunista. Sigmund Neumann la trata de fundamentalmente igual en su obra *Permanent Revolution* (1942); con esto nos proveyó la primera descripción completa de los problemas generales de la dictadura totalitaria. En cambio, Franz Neumann, en *Behemoth* (1942, y posteriormente), trata a la dictadura de Hitler como algo totalmente diferente, en esencia como creación sino es que incluso como criatura del gran capi-

* Este texto es una versión acertada de una conferencia sustentada en marzo de 1953 y publicado originalmente, en inglés, en Friedrich, 1954: 47-60; después se publicó también en alemán (Seidel y Jenkner, 1968: 179-196. Nosotros nos hemos basado en: Mohr, Arno y Dieter, Nohlen (ed.), 2008, *Politikwissenschaft in Heidelberg. 50 Jahre Institut für Politische Wissenschaft* (“Ciencia política en Heidelberg: 50 años del Instituto de Ciencia Política”), Heidelberg, Universitätsverlag Winter. Agradezco la amabilidad de los editores y de la casa editorial por permitirnos la publicación de la presente traducción (nota del editor).

tal, de la burocracia y el ejército.¹ Entre los trabajos más tempranos, Alfred Cobban (1939) enlaza por una parte a la moderna dictadura de manera decidida con el despotismo ilustrado, con el bonapartismo y con otros sistemas tiránicos del pasado, mientras que por otro lado de manera igualmente decidida trata a las dictaduras fascista y comunista como iguales. En su libro presenta la propuesta de derivar la dictadura totalitaria de Hobbes, Rousseau y de la doctrina de la soberanía popular de la Revolución francesa; este tema fue desarrollado hace algún tiempo, de manera brillante aunque no convincente, por Jacob L. Talmon (1952). Dos autores más (Stanton Ford 1935 y 1939, H. Kohn 1939) han acentuado, por su lado, la relación existente entre las dictaduras fascista y comunista. Otros autores más (Ashton 1937, Schneider 1928, Borgese 1937, Ascoli y Feiler 1938) han puesto de relieve, expresa o implícitamente, las peculiaridades del fascismo, del mismo modo que autores que han escrito sobre la Alemania nazi (Schumann 1935, Morstein Marx 1936, Loewenstein 1939). Konrad Heiden (1944) hace resaltar, al igual que la obra recientemente publicada de Alan Bullock (1952), el lado personal de la dictadura totalitaria; este enfoque tiende, aunque sea significativo, a difuminar el carácter único del totalitarismo. Persiguiendo el mismo buen fin están las obras Bertram Wolf *Three Who Made a Revolution* (1938) y otros trabajos sobre Stalin. La investigación que se sumergió más profundamente en esta escala, en la que las ideas se encuentren con la práctica política la ofrece Hannah Arendt con *The Origins of Totalitarianism* (1951); esta obra muestra una cierta similitud con *Die Revolution des Nihilismus* (*La Revolución del Nihilismo*, 1938) y con el libro arriba citado de Borgese, pero desarrolla la tesis muy importante de que el totalitarismo sería un retoño del Estado dictatorial bajo modernas condiciones.

El debate sobre estas causas u orígenes del totalitarismo, sobre todo del fascismo, se ha extendido desde la teoría primitiva del hombre malo hasta el argumento de la “crisis moral de nuestro tiempo”. Una prueba exhaustiva del material de información disponible daría como resultado presumiblemente que en principio cada factor singular, que por sí mismo fue subrayado como explicación para el origen del dominio total, ha jugado su papel. En el

¹ El nombre completo de la obra a la que se refiere el autor es *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism 1933-1944* (primera edición: 1942; segunda edición ampliada: 1944), y está inspirado en un escrito sobre filosofía del Estado de Thomas Hobbes (1588-1679): *Behemoth, or the long Parliament*. “Behemoth”, en algunas versiones mitológicas, es un monstruo terrestre, mientras que *Leviathan* es una criatura marina; otras versiones mencionan además a un ave igualmente monstruosa, que sin embargo, a diferencia de estas dos no aparece en la Biblia, de nombre *Qiz*. Neumann escribió el libro que Friedrich menciona durante su exilio en los Estados Unidos (nota del editor).

caso de Alemania, para comprender la configuración general que nos lleva a un resultado final se han enumerado diferentes factores, por ejemplo, los defectos característicos de la personalidad de Hitler, debilidades en la tradición constitucional alemana, determinadas características del “carácter nacional” alemán, el Tratado de Versalles y sus consecuencias, la crisis económica y las “contradicciones” de un capitalismo envejecido, la “amenaza” del comunismo, la decadencia de la cristiandad, entre otros apoyos espirituales, etcétera, así como en el caso de otros procesos amplios de desarrollo en la historia, aquí sólo ayuda un análisis multifactorial. De acuerdo a su posición general filosófico-metodológica, el autor presupone que *ta politika* son decisivas para impregnar a toda sociedad (véase Friedrich, 1941, capítulo XXV).²

El argumento de la singularidad histórica de cualquier configuración no dice que sea “en todo y por todo” única, pues nada es singular. Todos los fenómenos históricos pertenecen a categorías más amplias de objetos analíticos. Cuando uno señala a la *polis* griega como históricamente única, eso no significa que nunca haya habido ciudades o ciudades-Estado; sin embargo, eso dice que sólo la *polis* griega, sobre todo la ateniense, muestra tantos y característicos rasgos que merece ser vista como “históricamente singular”. A la historia le interesa, sobre todo, las individualidades, ya sean personas, cosas o acontecimientos, y una muestra suficientemente diversa de diferentes elementos constituye por eso una singularidad histórica (acerca de esta diferenciación, véase Rickert, 1910; Weber, 1922: 215-229). De paso, debería uno asegurarse en contra de la objeción de que, históricamente visto, todo sería “históricamente singular”. A pesar de que esta objeción frecuentemente se enarbola, no es totalmente correcta. Muchísimos acontecimientos (personales y materiales) se parecen tanto que les falta esa cualidad llamativa que constituye a la singularidad histórica. No obstante es correcto que ese carácter único frecuentemente sobresalga, si uno la ve en “clases suficientemente grandes” y perspectivas suficientemente amplias. Así, la monarquía en este o en aquel territorio alemán en el siglo XVIII no es de ninguna manera históricamente singular; pero el paternalismo monárquico en todas éstas y en una serie de sociedades emparentadas que en los siglos XVII y XVIII, forma en efecto una configuración que podríamos llamar “históricamente única”. ¿Por qué se dice que la sociedad y el gobierno totalitario del fascismo y del comunismo son *en esencia iguales*? Por principio, se pretende indicar que no son totalmente iguales, son *no totalmente iguales*. La interpretación popular y de los periodistas ha oscilado entre estos dos extre-

² *Ta politika*: este vocablo griego designa los asuntos de la *polis*, los asuntos comunes —es decir, políticos, en el sentido original del vocablo— que deben ser regulados (nota del editor).

mos que denominan a ambas sociedades como totalmente iguales o como en absoluto imposible de denominarse como iguales. Esta última postura predominó en Europa durante los días del “Frente Popular”, así como en círculos “liberales” de los Estados Unidos; estuvo incluso más fuertemente difundida durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente entre los propagandistas aliados.³ Naturalmente que ésta es la línea partidista oficial categóricamente representada tanto por el lado soviético como hitleriano. En la actualidad se favorece, en los Estados Unidos de América y en Europa Occidental, la opinión de que ambas serían totalmente iguales. Por eso puede parecer innecesario seguir investigando este asunto. Empero, en primer lugar se mantiene desde épocas tempranas una duda que no ha sido disipada y, en segundo lugar, existe el problema quizá aún más importante acerca de la magnitud de la igualdad, en otras palabras la pregunta de qué es lo que los hace iguales “en esencia”. Es evidente que nos son iguales en sus metas. Esto está comprobado por el contenido tan marcadamente divergente de sus ideologías. Además, los hechos históricos demuestran que los movimientos fascistas surgieron como reacción a los desafíos comunistas y que así se presentaron ante una burguesía presa del miedo: como los salvadores ante la amenaza comunista. Estos hechos son tan conocidos que ya no requieren de mayor comprobación. Las falsificaciones bien conocidas que se han llevado a la discusión pertenecen a las características de conducta del antagonismo espiritual y de la proyección de la lucha.

Está por demás claro que en la sociedad fascista se conservó más de la previa sociedad liberal y constitucional que en las comunistas; esto se atribuye en parte quizá a que el comunismo soviético no fue precedido por una sociedad liberal y constitucional. Uno se puede imaginar, en cuanto a esto, que la situación hubiera sido totalmente diferente en la Gran Bretaña o en los Estados Unidos, al menos durante un periodo inicial bastante largo. El que algunos componentes aislados de la antigua forma social hayan seguido existiendo fue una poderosa fuente de interpretaciones erróneas de la sociedad totalitaria del fascismo. En los años veinte se tergiversaba al totalitarismo italiano en el sentido de que “solamente” esto o aquello sería diferente, trayendo a cuento, como modelo simbólico “la puntualidad de los trenes” y “las calles libres de mendigos”. En los años treinta, algunos autores —entre los cuales unos eran marxistas, otros tenían pasado marxista y otros

³ *Front populaire* (“Frente popular”, en francés): con esta denominación se refiere el autor a la época del gobierno de los partidos unidos de la izquierda francesa que llegaron al poder en 1936; en el texto original, emplea el nombre en alemán: *Volksfronttage*, es decir, los días o la época del Frente Popular (nota del editor).

más simplemente no estaban en su sano juicio— trataron de interpretar al totalitarismo alemán ya sea como “fase final del capitalismo” (Sweezy 1941; Brady 1937) o como “imperialismo militar” (Loewenstein 1949; Ebenstein 1943). No se tomó en cuenta, ni en general ni tampoco por parte de científicos, qué tan fuerte *shock* representó el ascenso del fascismo alemán para la ortodoxia marxista. Hombres con sagacidad dogmática, como Hilferding, fueron sacudidos de tal manera que sostenían la necesidad de una totalmente nueva versión de la doctrina marxista, pues para esta recién aparecida oportunidad faltaba en Marx y en Engels toda alusión.⁴ Seguramente a Marx no le resultaba incomprendible (¿por qué tendría que no serlo?) que una burguesía presa del miedo se pudiera reagrupar detrás de un precursor como Napoleón III, pero existe un largo camino desde esta encantadora *Opera buffa* de la política del siglo XIX hasta la sociedad totalitaria de nuestro tiempo. Se necesita solamente imaginarse la vida espiritual en la Francia de la época para percibir la diferencia. Para intérpretes de la manera de pensar de un Marx y de Veblen era una evasión natural cuando intentaban calificar a la sociedad totalitaria erigida por Hitler y Himmler como puramente capitalista, totalmente al contrario de la sociedad socialista que fue construida en la Unión Soviética.⁵ Puesto que ellos estaban cegados por la dicotomía que encontramos en la herencia marxista de capitalismo y socialismo, y se encontraban aquejados por el prejuicio marxista de observar a la sociedad bajo aspectos económicos en lugar de bajo aspectos estatales y políticos, no eran capaces de reconocer que la economía “planeada”, esto es: coordinada y controlada fuertemente por el gobierno del Estado nazi, se diferenciaba de la del Estado soviético solamente por el grado de minuciosidad con el que la coordinación y subordinación de las fuerzas “directivas de la empresa”, así como de las fuerzas “trabajadoras” se impulsaba; este proceso marchó rápidamente hacia adelante y después de unos diez o veinte años más hubiera, posiblemente, llegado a la perfección que tenía en la Unión Soviética. Significativamente, en ambas sociedades totalitarias (por mencionar únicamente un rasgo en común), las huelgas, como sabotajes

⁴ Rudolf Hilferding (1877-1941): político, teórico y economista marxista, fue dos veces Ministro de Finanzas en Alemania y editor, junto a Max Adler, de los *Marx-Studien* (“Estudios sobre Marx”) una serie de publicaciones que se ocupaban de la teoría marxista; Hilferding murió a manos de la *Gestapo* (nota del editor).

⁵ Thorstein Veblen (1857-1929): economista y sociólogo estadounidense de origen noruego. Heinrich Himmler (1900-1945): político perteneciente al partido nacionalsocialista; durante la dictadura, solamente Hitler acaparó más poder y facultades que él; fue uno de los más sanguinarios criminales de guerra, pero escapó al juicio por crímenes de guerra al suicidarse en prisión (nota del editor).

penados en contra del “Estado de los trabajadores”, eran totalmente imposibles. Con lo dicho remitimos al mismo tiempo a diferencias notorias entre ambos Estados totalitarios: estos no marcharon ni en el mismo *tempo* ni en el mismo nivel rumbo al control económico total (como una variante divertida tenemos que recordar en este razonamiento que Sidney y Beatrice Webb [1942] afirmaban que Stalin no era para nada un dictador, mejor dicho, él habría traído a Rusia no sólo la democracia política sino también la económica, mientras que el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt les parecía ser el verdadero dictador).

Otros intentos de diferenciación más aguda entre los regímenes comunista soviético y fascista tocan puntos tales como el contenido de sus ideologías entre sí divergentes, el carácter nacional de los pueblos en los que surgieron, el estadio de su desarrollo económico y otros parecidos. Sería cansado rebatir estos distintos argumentos, sobre todo porque sus puntos de vista tácitamente son refutados por medio de un análisis más positivo de sus rasgos fundamentales, que ambos tienen en común según el consenso general. Estos rasgos forman en ello la base para la afirmación de que estas sociedades totalitarias son históricamente únicas.

Son cinco los factores o aspectos en principio comunes a todas las sociedades totalitarias de la actualidad o bien que pueden ser agrupados en cinco complejos, estrechamente ligados, de rasgos característicos. Estas sociedades tienen todo: 1) una ideología oficial, consistente en un sistema de enseñanza oficial que abarca todos los aspectos importantes de la vida humana y en el que cada miembro de dicha sociedad tiene que apoyarse, al menos pasivamente; en el punto central de esta ideología están significativamente exigencias quiliásticas para una sociedad final “perfecta” de la humanidad (véase sobre esto, a fondo, Arendt en su respuesta a Voegelin 1953);⁶ 2) un único partido de masas, consistente en un porcentaje relativamente pequeño de la población total (hasta un 10%), hombres y mujeres entregados apasionadamente y sin condiciones a la ideología, y dispuestos a promover la aceptación general de esta ideología en todo sentido; para eso está organizado este partido habitualmente bajo un solo caudillo de manera estrictamente jerárquica y oligárquica y —esto es típico— es o más relevante que la burocracia estatal o está completamente entretrejida con ella; 3) un monopolio técnicamente condicionado y casi perfecto del control sobre todos

⁶ Con el adjetivo “quiliástico”, el autor se apoya en el llamado “milenario” (del latín *mille annorum*) o “quiliastio” (del griego *khilioi* = mil años, que en un sentido original era la creencia en el regreso de Jesucristo a la Tierra y en la instauración de su reino de mil años, antes de doblar al mal definitivamente y del Juicio Final; de ahí la expresión que emplea Friedrich: “sociedad final” (nota del editor).

los medios decisivos de lucha (en las manos del partido y de los cuadros a él subordinados de la burocracia y de las fuerzas armadas); 4) un monopolio similar técnicamente condicionado y casi perfecto del control (en las mismas manos) sobre todos los medios decisivos de comunicación de masas, como prensa, radiodifusión, cine, etcétera; 5) un sistema de control terrorista policiaco, que para sus efectos descansa en los puntos 3 y 4, y significativamente se dirige no solamente contra los “enemigos” confirmados del régimen, sino contra grupos de la población escogidos arbitrariamente; en el caso de esta selección por cuenta propia se trata de medidas para asegurar la continuidad del régimen, así como de “consecuencias” ideológicas en las que se hace uso sistemático de conocimientos psicológicos.

La propuesta de agregar a estos cinco complejos de características esenciales a la policía secreta, que está por encima del ejército, parece no ser aceptable, puesto que estos dos factores son polémicos, mientras que los mencionados cinco por lo general son reconocidos como características de este régimen existentes en los hechos. Descansa en la naturaleza de las cosas el hecho de que es difícil establecer cuándo y en qué medida la policía secreta adquiere un sobrepeso sobre el ejército. Una segunda dificultad surge a partir del hecho de que la policía, como rama de la administración civil, también gana en significado, incluso en los Estados constitucionalmente gobernados.

El argumento de que una transformación violenta total sea también una característica decisiva de los sistemas totalitarios es por completo importante, sin embargo, es cuestionable si este aspecto de la dominación total tiene el suficiente precio propio. A mí me parece que está contenido en la primera de las cinco características, en donde se sostiene que “cada miembro de esta sociedad tiene que apoyarse en la ideología oficial”. En aras de la claridad, los cinco complejos característicos principales no deberían ampliarse de manera innecesaria.

Dentro de las muy tensas similitudes existen, como ya hemos mencionado, en relación con el tiempo y el lugar, variaciones significativas. Por ejemplo, hoy parece que el partido en la Unión Soviética juega un papel menor que antaño; la ideología es, a causa de la Biblia marxista en la Unión Soviética, más rígida que aquella del fascismo italiano o del alemán, en donde la ideología era formulada por el caudillo del partido, y —para dar una tercera ilustración cualquiera— el exterminio de los judíos por parte de Hitler fue motivado ideológicamente y estaba en contraposición con las necesidades inmediatas del régimen, mientras que hace poco la persecución de judíos por parte de Stalin aparentemente se llevó a cabo como una reacción frente a exigencias de la situación internacional y no por razones de

la ideología. De ahí también el enérgico mentís de antisemitismo (nuevos acontecimientos hacen sospechar que la Unión Soviética abandona nuevamente esta línea. Con respecto al antisemitismo de Hitler, es evidente el daño que sufrió su política exterior, así como el debilitamiento del apoyo en el interior. El problema ha sido investigado en sus ramificaciones por Hannah Arendt [1951, capítulos IV-IX]. No obstante, Arendt tiende a sobrevalorar este aspecto de la ideología fascista. El apoyo de Hitler por las masas descansaba incluso al principio del régimen sobre todo en otros factores, y el antisemitismo fue más bien apropiado —como demostró muy convincentemente Theodore Abel [1938] basándose en numerosas entrevistas psicológicas— para debilitar en muchas personas el atractivo de Hitler).

Se presupone que cada uno de estos factores y todos ellos juntos seguramente faltan en todas las sociedades despóticas o incluso autoritarias del pasado. Dicho sea de paso, en efecto, muchas sociedades autoritarias del pasado deben ser claramente diferenciadas de sociedades autocráticas. La diferenciación medieval y de la temprana modernidad entre monarquía y tiranía era más correcta, en mucho, que nuestra diferenciación habitual entre “democrático” y “autocrático”. Ni el despotismo oriental del pasado lejano ni las monarquías absolutas en la Europa moderna, ni la tiranía de la antigua *polis* griega, ni el Imperio romano, ni incluso la tiranía de las ciudades-Estado del Renacimiento italiano muestran, en mayor medida, alguno de estos factores. Los intentos, por ejemplo, de Thornton Wilder con su *Die Iden des März* (en la que pretende hacer aparecer a César como un dictador totalitario en ciernes), o de algunos otros ensayos similares (Cobban, 1939; C. Schmitt, 1928), se desmoronan cuando uno emprende una profunda investigación basándose en estos cinco factores.⁷ Seguramente se ha intentado frecuentemente organizar alguna policía secreta, pero en comparación con lo emprendido por Himmler y Berija ha sido un simple juego de niños.⁸ De la misma manera hubo en el pasado concentraciones tanto militares como propagandísticas de poder, pero, como en el caso que acabamos de mencionar, la limitación de los medios técnicos impedía un desarrollo radical hacia

⁷ *Die Iden des März*: en español “Los Idus de Marzo”, del latín *Idus Martii*. Los *Idus* eran días de buenos augurios en el calendario romano; en algunos meses era el día 15, en otros, el 13. Sin embargo, en muchos idiomas esta frase sirve como metáfora para presagiar días de infortunio, pues César fue asesinado precisamente un 15 de marzo (nota del editor).

⁸ Heinrich Himmler (1900-1945): responsable del aparato policial secreto durante el régimen nacionalsocialista en Alemania (véase, *supra*, nota 6). Lawrenti Beria o Berija (1899-1953): jefe de la policía secreta durante el régimen de Stalin en la Unión Soviética. Ambos personifican la política de terror y violencia criminal en los regímenes totalitarios (nota del editor).

el totalitarismo. Este punto es suficientemente convincente cuando uno se ha vuelto hacia él y ya no debería, por lo mismo, ser más estudiado; parece ser más importante acentuar la causa común para la singularidad de los factores tres, cuatro y cinco, y con eso para volver a la segunda parte de la tesis general.

Esta causa general parece ser nuestra técnica avanzada. Sin los inventos realizados en las últimas generaciones no hubiera podido crearse ninguna de esas características, como Pedro o Federico El Grande hubiesen intentado gustosos.⁹ Ese aspecto técnico del totalitarismo es natural y particularmente evidente en relación con las armas y los medios de inteligencia. La Constitución de los Estados Unidos garantiza a cada ciudadano el “derecho a portar armas”. En los días de la milicia esto era un derecho muy importante y la libertad de los ciudadanos se simbolizaba, en efecto, por medio del fusil sobre el hogar, como es hoy todavía el caso en Suiza. ¿Pero quién puede “portar” armas tales como tanques, bombarderos, lanzallamas o incluso bombas atómicas? Como individuo y también en grupos más grandes, el ciudadano se encuentra simplemente sin poder frente a la supremacía mayoritariamente técnica de aquellos que reúnen, de manera centralizada en sus manos, los medios para emplear estas armas, y con ellos para ejercer presión física. Observaciones similares valen sin más para la prensa, la radiodifusión, etcétera. La “libertad” no tiene el mismo contenido interno que hace 150 años, basado en el esfuerzo y el trabajo individuales. Con pocas excepciones, el progreso técnico trae consigo la inclinación hacia formas de organización constantemente crecientes. En ese sentido, parece que las sociedades totalitarias son solamente exageraciones —ciertamente exageraciones lógicas— de las posibilidades inherentes a nuestro nivel técnico.

Por el contrario, con respecto a las primeras dos características decisivas de las sociedades totalitarias, la situación sí que es otra. Ni la ideología ni el partido tienen una relación esencial con el estadio de la técnica. Sin embargo, tienen una relación importante con otro rasgo común de todas las sociedades de nuestro tiempo, a saber, con la constantemente creciente cultura general. Con esta formación se tiene que conectar el hecho de que (en Rusia, Italia, Alemania y otros países, en los que, en el marco de la tradición cristiana, han surgido sociedades totalitarias) el cristianismo ha intentado convencer sobre el surgimiento de una tendencia manifiesta hacia la certeza de la convicción. Empero, más decisivo que estas dos circunstancias es

⁹ Friedrich se refiere a Pedro I (1672-1725), llamado “el Grande”, primer zar de Rusia, y a Federico II de Prusia (1712-1786), conocido igualmente con el mismo epíteto (nota del editor).

presumiblemente el origen “democrático” de estas sociedades totalitarias. Marx y Engels se consideraban como pioneros del movimiento democrático de su tiempo, y Stalin hablaba aparentemente por convencimiento acerca de la sociedad totalitaria soviética como “la democracia perfecta”. No obstante, no sólo Marx y Engels, sino que también Mussolini y Hitler organizaron partidos con programas consensuados que gustaban a las masas y que buscaban ganar el mayor número posible de adeptos. Nunca se les hubiera ocurrido a los monarcas absolutistas de los siglos XVII y XVIII en Europa rebajarse tanto; de la misma manera, los emperadores romanos hubieran visto una empresa así como poco significativa políticamente. Ocasionalmente apelaban a las masas en contra de los privilegios de los senadores, pero un partido homogéneo, organizativa e ideológicamente, era “impensable”. Es cierto que hubo un partido de los Medici en Florencia, pero eso fue en una época en la que florecían grupos que peleaban entre sí por el poder, esto es, en un tiempo que, hasta cierto punto, guardaba similitudes con condiciones democráticas. Por el contrario, el partido de masas único y bien organizado, completamente armado con programa e ideología, es claramente una peculiaridad de las sociedades totalitarias de nuestro tiempo. La relación con sus orígenes cristianos y democráticos puede probablemente debilitarse paulatinamente —hay señales de que en la sociedad totalitaria soviética tanto la ideología como el partido pierden importancia—, pero el que una sociedad totalitaria pudiera sobrevivir a su pérdida es hasta cierto punto dudoso.

Lo arriba expresado pudiera ser mal interpretado, en el sentido de que, según el parecer del autor, la democracia, el cristianismo y la técnica hubieran “causado” al totalitarismo. Una afirmación tal no ha sido intencionada. Solamente se ha querido decir que este pudo surgir en un contexto creado por el cristianismo, la democracia y la técnica moderna. No obstante, parece en principio ilícito extraer de la historia del pensamiento a uno o varios representantes o presuntos representantes de algún aspecto de las opiniones totalitarias, como, por ejemplo, de la sociedad autoritaria, como Platón o Tomás de Aquino, Hobbes o Rousseau, Hegel o Carlyle, y, puesto que se les tilda de ser representantes del totalitarismo, hacerlos “responsables” de movimientos o sociedades totalitarias. Ninguno de los mencionados lo fue, ya que ninguno podía serlo: las características históricamente singulares de sociedades totalitarias les eran desconocidas (véase Talmon, 1952; McGovern, 1941; Kolnai, 1938). Se puede mostrar sin dificultad que, por diferentes motivos, encerrados en su sistema respectivo, cada uno de estos pensadores se hubiera vuelto, por iniciativa propia, con repugnancia e indignación, contra los más recientes totalitaristas. El característico embotamiento moral de las sociedades totalitarias de la actualidad, que se revela en hechos vio-

lentos hasta ahora nunca vistos, y que se ha puesto de relieve como el rasgo decisivo de estas sociedades (injustamente, según creemos, puesto que en la historia de la dominación humana, el embotamiento moral se ha mostrado repetidas veces. En cuanto a la moral, ni Nerón ni Cesare Borgia se quedan muy atrás de los dictadores de nuestro tiempo; su amoralidad parece incluso llegar más al fondo, pues no se cubren con aparentes objetivos morales, como sí ocurre con los comunistas en todo el mundo), este embotamiento moral es completamente extraño a los pensadores que hemos mencionado. Todos ellos son ardientes racionalistas, si no es que incluso moralistas, mientras que los actuales representantes del totalitarismo son en este aspecto totalmente indiferentes, puesto que abordan a la sociedad en el fondo como si fueran técnicos. Resuelven problemas de una manera que ellos tienen por “científica” y niegan, al mismo tiempo, el significado de la libertad, sobre todo de la libertad de investigar, de enseñar y de aprender, que representan los requisitos esenciales de la verdad científica.

Estrechamente relacionado con estas características de lo novedoso y de la diferencia conceptual es el problema de la sucesión, hasta ahora sin resolver en los regímenes totalitarios. La cuestión ha surgido hace poco con la muerte de Stalin. La mayor parte de los comentarios desvelan de manera fulminante la irremediable carencia de comprensión con la realidad del totalitarismo, al discutirse seriamente sobre el sucesor de Stalin, como si éste tuviera un cargo legal o tradicionalmente establecido, como lo tenían el rey de Francia o también los zares rusos. El problema de la sucesión no ha sido resuelto hasta ahora en ninguna sociedad totalitaria. Se trata de una deficiencia de mucho peso en vista del significado que la sucesión ha tenido a lo largo de los siglos. La democracia constitucional y la monarquía hereditaria, el despotismo del Oriente que endiosa al soberano, así como sus formas primitivas antiquísimas y tribales giran todas alrededor de esta cuestión de la sucesión. En cuanto a esto, la tiranía muestra —tal como lo consigna Aristóteles y también lo enseña la historia de los dos Napoleones— una permanente debilidad. Quizá descubrirán las sociedades totalitarias algún medio para superar este problema. El material documental sobre el fascismo, que hoy está a nuestro alcance en gran volumen, no contiene ningún orden verdaderamente sólido en la sucesión, cuyo desarrollo choca con gigantescos obstáculos. La construcción de una glorificación concentrada en un “padre del pueblo” o en un “caudillo” (*Führer*, en el original alemán [nota del editor]), equiparable a la antigua deificación de los reyes y que incluso momentáneamente la llega a superar, tiene necesariamente que crear un vacío en el instante en el que esta figura única emprende el “ca-

mino de todo mortal”. Cómo entonces el dirigente del aparato informativo pueda ser movido a reorientarse, a veces espectacularmente, hacia un nuevo hombre, que ayer poseía todavía el mismo rango que él y que quizá incluso era su rival, es inconcebible. Lo que hará el conductor del aparato del terror es igualmente un enigma. Uno puede aquí recordar que Bodin señala a los derechos de sucesión como invulnerables, si bien buscaba concederle al soberano una *umfassende* autoridad. Mientras que es falso hablar aquí de “derechos constitucionales”, como durante un tiempo ocurrió [Jean] Bodin asumió naturalmente que la sucesión sería regulada por la ley. En la dictadura total es inconcebible tal regulación.

La exacta descripción de eso que en el pensar y el actuar divide al pasado del presente, naturalmente no debe ser malentendida como negación de relaciones considerables. Uno no debe ver a Hobbes erróneamente como representante del totalitarismo para reconocer la relación entre su comprensión defectuosa del papel de la religión y de las capas medias —vital para un ser social bien ordenado— y de la ceguera relativamente grande del totalitarismo en estas cuestiones. El camino del pensamiento occidental va de Luther a Lincoln, así como de Luther a Hitler; el tejido sin costuras de la historia ha sido elaborado con muchos mechones muy ramificados, y, con toda su singularidad, el totalitarismo surge de la cabeza de un ideólogo o demagogo no sin desarrollos previos. Pero lo precedente no “causa” el fenómeno. Hitler o Stalin no fueron inevitables. Las sociedades totalitarias son en esencia iguales; son históricamente únicas; pero por qué son así como son, no lo sabemos. Por ello es que la discusión sobre los orígenes del totalitarismo es al mismo tiempo tan amarga como infructuosa, por ejemplo entre Eric Voegelin (1953) y la respuesta de Hannah Arendt (en el mismo lugar, en la *Review of Politics*). Hannah Arendt hace la sagaz observación de que su libro no es en realidad una indagación sobre los orígenes; pero cuando ella dice más adelante que “hay una vista panorámica histórica sobre los elementos que cristalizan en el totalitarismo” exagera el objeto de su notable libro, puesto que éste trata sólo *algunos* elementos que no “cristalizan”, sino que fueron conformados y empleados por los creadores del totalitarismo. En su colaboración recientemente aparecida bajo el título *Ideologie and Terror* [“Ideología y terror”, nota del editor], para el libro homenaje a Karl Jaspers *Offener Horizont* [“Horizonte abierto”, nota del editor] (Arendt, 1953) acentuó con razón la novedad y el aspecto creador. En este sitio, puede venir al caso hacer la observación de que es un prejuicio bergsonianos y romántico el encontrar que toda creación es de alguna manera “buena” y de aquí pasar por alto la “procreación en pecado” y —algo totalmente

nuevo— la posibilidad de estructuración del mal.¹⁰ El hombre está en una determinada situación, frente a las que reacciona con fuerzas creativas que —tanto en lo bueno como en lo malo— están en él.

Como todo lo verdaderamente nuevo en la historia, bueno o malo, bello o feo, permanece el totalitarismo escondido en el regazo de la creación. De ahí que sólo una verdadera respuesta creativa podrá prestar un servicio efectivo para su expulsión y eliminación. El futuro, si lo hay, será un futuro más allá del comunismo y del fascismo, sin ningún neo-ismo de sello más reciente o más antiguo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABEL, Th. (1938), *Why Hitler Came into Power*, Harvard.
- ARENDT, H. (1951), *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York.
- (1953), “Ideologie und Terror” (“Ideología y terror”), en PIPER, K. (ed.), *Offener Horizont. Festschrift für Karl Jaspers* (“Horizonte abierto. Libro homenaje para Karl Jaspers”), Múnich.
- ASCOLI, M. y FEILER, A. (1938), *Fascism for Whom?*, Nueva York.
- ASHTON, E. B. (pseudónimo), 1937), *The Fascist - His State and His Mind*, Nueva York.
- BORGESE, G. A. (1937), *Goliath, The March of Fascism*, Nueva York.
- BRADY, R. A. (1937), *The Spiritual Structure of German Fascism*, Londres.
- BULLOCK, A. (1952), *Hitler - A Study in Tyranny*, Londres.
- COBBAN, A. (1939), *Dictatorship, Its History and Theory*, Nueva York.
- EBENSTEIN, W. (1943), *The Nazi State*, Nueva York.
- FRIEDRICH, C. J. (1941), *Constitutional Government and Democracy*, Boston.
- (ed.) (1954), *Totalitarianism*, Cambridge.
- HEIDEN, K. (1944), *Der Führer - Hitler's Rise to Power*, Boston.
- KOHN, H. (1939), *Revolutions and Dictatorships*, Manchester.
- KOLNAI, A. (1938), *The War against the West*, Londres-Nueva York.
- LOEWENSTEIN, K. (1939), *Hitler's Germany*, Nueva York.
- MCGOVERN, W. M. (1941), *From Luther to Hitler*, Londres.
- MORSTEIN MARX, F. (1936), *Government in the Third Reich*, Nueva York.

¹⁰ El autor se refiere a Henri-Louis Bergson (1859-1941), filósofo y literato francés (nota del editor).

- NEUMANN, F. (1942), *Behemoth*, Nueva York.
- NEUMANN, S. (1942), *Permanent Revolution*, Londres.
- RAUSCHNING, H. (1938), *Die Revolution des Nihilismus. Kulisse und Wirklichkeit des Dritten Reiches* (“La revolución del nihilismo. Bastidores y realidad del Tercer Reich”), Zúrich/Nueva York.
- RICKERT, H. (1910), *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft* (“Ciencias de la cultura y ciencias naturales”) (ed. o. 1898), Tubinga.
- SCHMITT, C. (1928), *Verfassungslehre* (“Derecho constitucional”), Tubinga.
- SCHNEIDER, H. W. (1928), *Making the Fascist State*, Oxford.
- SEIDEL, B. y JENKNER, S. (ed.) (1968), *Wege der Totalitarismus-Forschung* (“Los caminos de la investigación del totalitarismo”), Darmstadt.
- STANTON FORD, G. (ed.) (1935), *Dictatorship in the Modern World*, Minneapolis.
- SCHUMANN, F. L. (1935), *The Nazi Dictatorship*, Nueva York.
- SWEETZ, M. (1941), *The Structure of the Nazi Economy*, Cambridge.
- TALMON, J. L. (1952), *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres.
- WEBB, S. y B. (1942), *The Truth about Soviet Russia*, Londres.
- VOEGELIN, E. (1953), “The Origins of Totalitarianism”, *The Review of Politics* 15(1).
- WEBER, M. (1922), *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (“Artículos completos sobre la doctrina de la ciencia”), Tubinga.
- WOLFE, B. (1938), *Three Who Made a Revolution: Lenin, Trotzky, Stalin*, Nueva York.